

Recensiones

Reviews

PAJÓN LEYRA, I.: *Los supuestos fundamentales del escepticismo griego*. Escolar y Mayo Editores, Colección Análisis y Crítica, Madrid, 2013.

El escepticismo antiguo es habitualmente estudiado mostrando como valioso únicamente su crítica al conocimiento, ignorando el hecho de que este, más que una doctrina filosófica, era un pensamiento que daba las pautas para una forma de vida orientada hacia la felicidad. Entender el escepticismo exclusivamente como una actitud epistemológica basada en someter a duda toda cuestión indiscriminadamente da lugar a contradicciones que hacen que esta filosofía sea insostenible. Pero lejos de esto, tal y como muestra Ignacio Pajón Leyra en *Los supuestos fundamentales del escepticismo griego* (Escolar y Mayo, 2013), el escepticismo se sustenta sobre unos supuestos que nunca son discutidos sin que esto ponga en compromiso su congruencia. El trabajo del autor consiste en, por un lado, señalar los principios que los propios escépticos aceptan explícitamente, y por otro, sacar a la luz otros que están implícitos, aquellos que un escéptico jamás podría admitir sin dejar de ser coherente pero a los cuales no puede renunciar.

Los primeros capítulos de este libro están dedicados a estudiar algunos de los filósofos anteriores al escepticismo cuyas doctrinas contienen tesis que los escépticos pirrónicos acogen para construir su propia filosofía. A pesar de que muchas de estas escuelas comparten aspectos con el escepticismo, difieren de este fundamentalmente en que la intención que anima a los primeros es ontológica, epistemológica o dialéctica, mientras que la del escepticismo pirrónico es ante todo ética. Su fin

último es la felicidad, la cual no es un ideal imposible al que se tiende, sino un estado que, siempre y cuando se siga el camino seguro que estos pensadores nos indican, está al alcance humano. La felicidad, que se identifica con la *ataraxia*, deviene inmediata y necesariamente cuando se suspende el juicio. Por ello toda la filosofía escéptica se articula con el único objetivo de satisfacer las condiciones que hacen posible la *epoché*.

En primer lugar, el autor muestra cómo el desarrollo de doctrinas relativistas contribuye a la formación de un pensamiento escéptico. El relativismo hace que se tambalee la unidad de lo real y pone en entredicho la posibilidad de alcanzar un conocimiento objetivo de las cosas. La ontología de Heráclito, que sostiene que la realidad está constituida a partir de la tensión generada entre determinaciones contrarias, es la primera que pone de manifiesto el hecho de que una misma cosa se muestra con propiedades diferentes dependiendo del sujeto ante el cual se presenta. Esta cuestión es la que lleva a algunos a postular que todo conocimiento sea relativo a un sujeto. Sobre esto se funda la tesis protagórea de la homomera, en la cual, por lo anterior, se suprime la existencia de la realidad objetiva. Esto deriva en una epistemología de la sensación, que al situar la verdad en el plano de la opinión, condena a la falsedad como imposible.

El pensamiento relativista antiguo constituye uno de los pilares sobre los cuales se apoya el modo de argumentación pirrónica, siendo así que los diez tropos para la suspensión del juicio del escéptico Enesidemo tienen como fundamento el carácter relativo de los fenómenos que se manifiestan. La suposición de que todo aparecer

sea en una relación pone de relieve que para el escéptico, al igual que para Protágoras, existe una imposibilidad de salir del ámbito del conocimiento subjetivo, renunciando así a toda aspiración de objetividad.

Por otro lado, se estudia a aquellos filósofos que, según el propio Sexto Empírico niegan el criterio de verdad, esto es, niegan que exista un principio en virtud del cual se pueda afirmar o negar la realidad de un juicio. La ausencia de criterio de verdad conduce a la suspensión del juicio respecto de toda cuestión teórica. Este estado, que se produce ante la incapacidad de decidirse racionalmente por una proposición u otra respecto de un objeto, es el fin al que está dirigido la totalidad de la argumentación pirrónica.

El escéptico pirrónico no es un negador del criterio; no puede admitir su existencia, pero tampoco puede negarla. No obstante las consecuencias epistemológicas derivadas de la negación y del reconocimiento de la ignorancia respecto del criterio de verdad son prácticamente idénticas. Esta cuestión es especialmente significativa en la figura del atomista Metrodoro de Quíos, que rechaza las dos vías tradicionales para alcanzar un conocimiento fiable de la verdad: la razón y la sensación. La supresión de estas dos vías como criterio válido da lugar al reconocimiento de la ignorancia respecto de cualquier cuestión. Metrodoro, para ilustrar este estado epistémico, lleva al límite la conocida fórmula socrática “solo sé que no se nada”, sosteniendo que ni siquiera esto puede ser afirmado con seguridad.

El pirronismo adopta de sus antecesores negadores del criterio de verdad la actitud de desconfianza ante el conocimiento de la realidad. Esta cautela frente a los asuntos teóricos es consecuencia de los fracasos continuados a los que son conducidas todas las indagaciones holísticas, que al no sobrevivir a la crítica, están condenadas a tener una vida limitada, convirtiéndose a la investigación en un proceso infinito de generación y destrucción de teorías. Por esto, los escépticos ven la vida del dogmático como estando forzosamente destinada a una insatisfacción permanente. La única vía de escape consiste en asumir la ignorancia y reconocer los propios límites epistemológicos. Solo de esta manera es posible renunciar a emprender la búsqueda de la verdad, liberándose así de la angustia que esta conlleva.

Alcanzado este punto en su argumentación, Pajón Leyra centra su atención en la segunda parte del libro, en el análisis detenido de las nociones que, según considera, ejercen de marco referencial del pensamiento escéptico, empezando por la noción de “naturaleza” (phýsis), tomada por los pirrónicos como el límite de su especulación.

Toda investigación realista sobre la naturaleza se apoya sobre la dicotomía entre apariencia y realidad; la pluralidad de fenómenos tienen una condición ontológica inferior a la realidad, que es aquello en virtud de lo cual los fenómenos aparecen tal y como aparecen. Supone que existe un orden único, absoluto y oculto – pero cognoscible– que explica la multiplicidad de los fenómenos. La tarea del físico es así la de rebasar el plano fenoménico en búsqueda de las causas ocultas que dan cuenta de ellos. Un escéptico admite no poder emprender este tipo de investigación, ya que toda teoría con la pretensión de ser una explicación efectiva de lo real es irremediablemente dogmática. Por ello, la actitud del escéptico respecto de las cuestiones sobre la naturaleza será la de suspender el juicio.

Ahora bien, el estado de *epoché* es alcanzable, según el autor, solo en la medida en la que se apoya sobre unos presupuestos implícitos que no pueden ser puestos en duda. El punto de partida incuestionable, no susceptible de crítica, es la existencia de una naturaleza objetiva y determinada distinta de lo que es manifiesto. Por otro lado, aquello sobre lo cual sí se debe suspender el juicio es sobre la posibilidad del conocimiento de esta. Para ello los escépticos recurren a los diez tropos de Enesidemo, mediante los cuales se asume implícitamente que el fenómeno se agota en sí mismo y que no existe vínculo posible entre este y la realidad. En otras palabras, aunque nunca lo admita, la realidad es para el escéptico de hecho incognoscible, por lo que no puede servir de motor de la investigación, guía de la vida práctica o referente para el discurso. Esto tiene como consecuencia no la supresión de dichas actividades, sino que su desenvolvimiento tenga lugar en el otro polo de la dicotomía: el fenómeno.

De este modo, la concepción de la ciencia que tienen los escépticos no es la de la conquista de la verdad, ni del descubrimiento de las causas ocultas de las cuales dependen los fenómenos, sino que está orientada hacia la resolución de problemas prácticos.

Dejando fuera el ámbito de la naturaleza el filósofo escéptico puede moverse cómodamente en el espacio del fenómeno sin el peligro de caer en la incoherencia. No obstante esta consideración del fenómeno no implica bajo ningún concepto la admisión de su verdad. Para hacer algo así se tendría que superar el plano subjetivo, lo cual, como se ha visto, es imposible. El fenómeno sirve de criterio práctico por la evidencia innegable con la que se presenta; lo incuestionable del fenómeno es que se impone impertinentemente a los sentidos independientemente de su verdad o falsedad, de si se adecua a la realidad o no. Así, el escéptico puede desarrollar su práctica vital atendiendo únicamente a lo que le aparece tal y como le aparece, sin tener que valorar el vínculo de ese aparecer con la realidad.

Carolina TOVAR VELASCO

SANTOS HERCEG, J.: *Cartografía crítica. El quehacer profesional de la filosofía en Chile*. Santiago de Chile: Ed. Libros de la Cañada, 2015. 277 p.

La filosofía, de cuando en cuando, nos da gratas sorpresas. Y a mi parecer, José Santos Herceg, nos da, en esta oportunidad, y con este libro, una grata sorpresa filosófica. Este asombro tiene varios momentos. El primero es que, como será de saber, la actividad filosófica en Chile tiene una deuda consigo misma. Una deuda que se cifra en el casi completo abandono en que se encuentra el pensamiento —la poca dedicación— si se quiere expresar en estos términos, que los profesionales de la filosofía en Chile han dedicado al pensar “su” propia actividad filosófica. Ya sea a través de los modos de institucionalización sobre los cuales esta ha sido posible, ya sea a través de la posibilidad de historiar su desarrollo, o bien, a través de pensar el trabajo —la obra— que han realizado nuestros propios pensadores. En otras palabras, habría que decir que buena parte la filosofía en Chile ha tenido una ‘falta de sentido histórico’. Diagnosticar una situación como esta, quizá tiene poco mérito, bastaría con quitar un poco el polvo, y los hechos, terminan imponiéndose con una elocuencia casi incontestable. Un poco más aventurado sería responder al por qué de esta situación. ¿Qué miedos llevan al silencio? ¿qué supuestos permiten la do-

mesticación de un saber crítico? ¿qué intereses se esconden tras cada departamento de filosofía, tras cada malla curricular, tras cada programa que impiden pensar en sentido propio? Una insinuación, que bien puede llegar a convertirse en un ‘encaminar’ de respuesta al por qué de todo esto, es el libro de José Santos Herceg.

Para pensar las condiciones que hacen posible, o sobre las que se sostiene el quehacer profesional en Chile, se hace necesario pensar filosóficamente, en última instancia, sobre los márgenes políticos que lo contienen. Un pensamiento así, si bien urge, también, se constata, que se encuentra en buena medida ausente. Un pensamiento de lo urgente, o de lo que urge ser pensado, está, para buena parte de la academia filosófica en Chile sin posibilidad de presencia. Su ausencia bien puede responder a una determinada necesidad autoimpuesta, una necesidad, por ende, política. ¿Cómo se inscribe esa necesidad de ausencia política en la academia? Al menos, en buena parte de la actividad filosófica académica profesional en Chile, podríamos afirmar, se asume en la necesidad de ‘objetividad’. Objetividad que lleva a una cierta práctica profiláctica de la filosofía. Una práctica de esta ‘objetividad’ toma cuerpo en el quehacer profesional filosófico cuando se invoca, como condición exclusiva para la filosofía, la presencia de los llamados “clásicos”. Sólo sería posible hacer filosofía cuando se está en activa presencia de un trabajo ‘académico’ con ellos. En tal sentido *Lo clásico sería aquello que perdura*, y en esa perduración es que, al decir de estos, se puede hablar con verdad. Un clásico sería primeramente aquel que no muere, que tiene ribetes de inmortalidad. La pregunta que habría que hacer es ¿cómo un clásico llegó a ser tal?. En el fondo, ¿cuál es el marco de regulaciones, por ende legalidades, de posibilidades que llevó a tal condición? Pero estas últimas preguntas difícilmente tienen visa de entrada. Para buena parte de la academia filosófica chilena —sino toda—, hacer filosofía implicaría, como primera y fundamental cuestión, tomar distancia de lo contingente. De ahí, por ejemplo, que Jorge Peña, académico de la Universidad de Los Andes, concluya su artículo de prensa titulado “Best-Seller”¹ haciendo suyo un consejo de Jean Guittton que dice: “No leas nunca prosa todavía fresca. No leas un libro que acaba de salir. Deja al tiempo, que es el gran seleccionador, el cuidado de cumplir su tra-